

resistirla la legión sabiná. Fatigados por la marcha, por las devastaciones de la noche, diseminados la mayor parte por las granjas, repletos de comida y bebida, apenas tuvieron fuerza para huir. En una sola noche se supo y terminó la guerra contra los sabinos. Al día siguiente todos se lisonjaban ya de haber conseguido la paz, cuando se presentaron en el Senado legados de los auruncos diciendo: «Si los romanos no evacúan en el acto el territorio de los volscos, ellos les declaran la guerra.» En el mismo momento en que partían los legados, el ejército de los auruncos se ponía en campaña. Cuando se supo que se había presentado cerca de Aricia, la noticia produjo tal excitación en los romanos, que el Senado no pudo deliberar reposadamente, ni dar á los legados mesurada contestación, obligado como se encontraba á empuñar las armas. Dirigiéronse á marchas forzadas sobre Aricia, y cerca de ella trabaron combate con los auruncos, terminando la guerra en una batalla.

Derrotados los auruncos, los romanos, que habían sido tantas veces vencedores en tan pocos días, esperaban el resultado de las promesas de Servilio y de los compromisos que había tomado el Senado. Pero Appio, sin otro consejo que su dura índole y el deseo de menoscabar la popularidad de su colega, desplegó extraordinario rigor en el juicio de los deudores. Hacía entregar á los acreedores aquellos que habían sido detenidos anteriormente, y les abandonaba también los demás. Cuando el detenido era soldado apelaba á Servilio. Corrían en tropel á ver á éste, recordábanle sus promesas y todos exponían sus servicios y sus heridas. Pedían que sometiese el asunto al Senado ó que protegiese á sus conciudadanos como cónsul y á sus soldados como general. Estas peticiones conmovían al cónsul, pero las circunstancias le obligaban á tergiversar, porque

no solamente su colega sino todo el bando de los nobles defendían la opinión opuesta. Así fué que, permaneciendo neutral, no pudo evitar el odio del pueblo, ni granjearse el favor del Senado. Los patricios le consideraban como cónsul sin energía, como un ambicioso, y el pueblo como hombre falaz; y muy pronto pudo verse que era tan odioso como Appio. Los dos cónsules se disputaban el honor de dedicar el templo de Mercurio. El Senado remitió al pueblo la decisión del asunto, decretando que aquel á quien el pueblo encomendase la consagración quedaría encargado de la superintendencia de víveres, establecería el colegio de mercaderes y celebraría las solemnidades religiosas en puesto de pontífice. El pueblo encargó la dedicación del templo á M. Letorio, centurión del primer manipulo de los triarios (1). Fácil era comprender que había obrado de esta manera, antes que por honor á Letorio, encargándole de una misión superior á su categoría, por menospreciar á los cónsules. Desde aquel momento se entregaron á su furor Appio y los patricios; mas el pueblo, cuyo valor había aumentado, emprendía un camino muy diferente del seguido hasta entonces. Desesperando de obtener alivio alguno por el Senado ó por los cónsules, en cuanto veía llevar á juicio á un deudor acudía por todas partes, los gritos y el ruido impedían oír la sentencia del cónsul, y cuando éste la pronunciaba no se obedecía y se acudía á la violencia. El terror y el peligro de perder la libertad pasó de los deudores

(1) Este jefe mandaba la primera centuria del primer manipulo de los triarios, llamado también *pilani*, porque su arma era el dardo, *pilum*. Era el más importante de todos los centuriones de la misma legión, teniendo puesto en el consejo de guerra con el cónsul y los demás generales. Bajo su custodia estaba el águila romana, la colocaba en el campamento y la levantaba cuando se rompía la marcha, entregándola en seguida al signífero.

á los acreedores cuando vieron éstos que delante del cónsul osaba maltratarles la multitud. El temor de una guerra con los sabinos agravó la situación. Mandóse reclutar soldados y nadie respondió al llamamiento. Furioso Appio, quejábase de la cobarde condescendencia de su colega, quien, con su popular silencio, hacía traición á la república, y que no contento con no juzgar á los deudores, no realizaba el reclutamiento dispuesto por el Senado. «Sin embargo, la república no está completamente abandonada, ni entregada al desprecio la autoridad consular. Aunque solo, sabré vengar la majestad del Senado y la mía.» Y como alentada por la impunidad, la multitud rodeaba diariamente su tribunal, mandó prender á uno de los instigadores de la sedición. Viéndose sujeto por los lictores apeló al pueblo de la sentencia del cónsul. Seguro Appio de antemano de la decisión del pueblo, no habría acudido á la apelación si los consejos y autoridad de los senadores principales, más aún que los gritos de la multitud, no hubiesen vencido, y no con poco trabajo, su obstinada resistencia; tan decidido estaba á arrostrar el odio de sus enemigos. Sin embargo, el mal aumentaba de día en día; ya no eran solamente gritos, sino algo mucho más peligroso; reuníanse con cautela y tenían secretas conferencias. En fin, los dos cónsules odiosos al pueblo dejaron el cargo: Servilio detestado por los dos partidos, Appio querido de los patricios.

Sucedieronles en el consulado A. Virginio y T. Vetsio. Inseguro el pueblo en cuanto á las disposiciones que encontraría en los nuevos cónsules, celebraba asambleas nocturnas en las Esquilias y en el Aventino; para evitar en el Foro agitación y resoluciones repentinas y no obrar ciegamente y al acaso. Comprendieron muy bien los cónsules hasta qué punto era peligrosa esta conducta y dieron cuenta al Senado, pero les fue

imposible conseguir ordenada deliberación. Con tumultuosos clamores y general indignación las recibieron los senadores, que no podían comprender que los cónsules, cuando debían obrar por autoridad propia, quisieran hacer recaer sobre el Senado lo odioso de sus disposiciones. «Seguramente no se celebrarían aquellas reuniones públicas si Roma tuviese magistrados. Pero hoy todas esas reuniones que se verifican en las Esquilias y en el Aventino dividen y desmenuzan la república. Un solo hombre, ¡por Hércules! (porque el hombre hace más que el cónsul), un solo hombre como Appio Claudio, hubiese disipado en un momento todas aquellas reuniones.» Ante estas reconveniones preguntaron los cónsules qué querían que hiciesen, asegurando que desplegarían toda la actividad, toda la energía que exigiese el Senado. Excitáronles á que apresurasen con mucho rigor el alistamiento, porque la licencia del pueblo procedía de su ociosidad. Levantada la sesión, los cónsules ocupan su tribunal, llaman por sus nombres á todos los jóvenes, pero nadie responde, y la multitud que les rodea, tan numerosa como en una asamblea general, declara: «Que no es posible engañar ya al pueblo; que no se alistará ni un soldado hasta que se hayan cumplido los compromisos contraídos solemnemente; que era necesario devolver la libertad al pueblo antes de darle las armas; que querían combatir por patria y conciudadanos, pero no por señores.» No olvidaban los cónsules lo que el Senado les había ordenado; pero de todos aquellos que habían hablado tan recio dentro de la curia, ninguno se presentaba para compartir con ellos la indignación del pueblo, y parecía que la lucha iba á ser obstinada. Así, pues, antes de llegar al último extremo, creyeron oportuno consultar otra vez al Senado, pero entonces todos los patricios jóvenes se lanzaron hacia las sillas consulares y les mandaron abdicar el consulado.

do, deponer una autoridad que no tenían valor para defender. Conocido claramente el estado de las cosas, dijeron al fin los cónsules: «No negaréis, padres conscriptos, que os lo hemos anunciado; nos amenaza terrible sedición. Pedimos que los que nos acusan de cobardía permanezcan á nuestro lado cuando procedamos al alistamiento. Puesto que así se quiere, llevaremos el asunto á gusto de los más fogosos.» Marcharon al tribunal y, de intento, hacen citar preferentemente á un ciudadano que tenían á la vista. Como permanecía en su puesto sin contestar, y la multitud comenzaba á rodearle para impedir que se le hiciese violencia, mandaron los cónsules para cogerle un licitor, al que rechazan. Entonces los senadores que estaban al lado de los cónsules gritan que aquello es un indigno atentado, y se lanzan del tribunal para ayudar al licitor. El pueblo abandona también al licitor, á quien solamente había impedido coger al ciudadano, y quiere lanzarse sobre los senadores; mas intervienen los cónsules y apaciguan la riña, en la que no se había llegado todavía á las piedras y á los dardos, y en la que más se habían empleado gritos y cólera que violencia. Reunido tumultuosamente el Senado, delibera con mayor tumulto aún. Los senadores que acababan de ser maltratados pedían una información, y los más vehementes les apoyaban menos con sus opiniones que con sus gritos y estrépito. Cuando al fin calmó aquel alboroto ante la voz de los cónsules, que se quejaban de no encontrar más prudencia en el Senado que en el Foro, la deliberación fué más tranquila. Tres opiniones se propusieron: P. Virginio pedía que la medida no fuese general, y que solamente se extendiese á los que, confiando en la promesa del cónsul P. Servilio, empuñaron las armas contra los volscos, los auruncos y los sabinos. T. Larcio decía que no era mo-

mento aquel para no pagar más que los servicios prestados; que todo el pueblo estaba agobiado de deudas; que no podía detenerse el mal sino por una decisión que se extendiese á todos; que establecer distinciones entre los deudores, antes era encender la discordia que extinguirla. Appio Claudio, cuya dureza natural estaba exasperada por el odio del pueblo y las alabanzas de los senadores, exclamó que no tanto la miseria como la licencia había dado lugar á todos aquellos desórdenes; que en el pueblo había más insolencia que desesperación, y que todos aquellos males procedían del derecho de apelación. Que á los cónsules solamente quedaban amenazas y no autoridad, desde que se permitía á los culpables apelar á sus cómplices. «Creemos un dictador, dijo, de cuyas sentencias no pueda apelarse, y ese furor que amenaza destruirlo todo, lo veréis extinguirse en el acto. No se atreverán á rechazar al licitor cuando sepan que el derecho de hacer azotar con las varas al culpable pertenece exclusivamente al magistrado cuya majestad habrán ultrajado.»

La opinión de Appio parecía á muchos, como era en efecto, horriblemente rigurosa; por otra parte, las de Virginio y Larcio ofrecerían peligroso ejemplo, y sobre todo la de Larcio destruiría todo crédito. La opinión de Virginio parecía prudentemente moderada y alejada por igual de los dos extremos. Pero el espíritu de partido y los afectos personales, constantes enemigos del bien general, hicieron triunfar á Appio, y hasta faltó muy poco para que resultase nombrado dictador, lo que hubiese alejado por completo al pueblo en un momento tan crítico en que la casualidad hizo empuñaran á la vez las armas los volscos, los equos y los sabinos. Pero los cónsules y los senadores más ancianos cuidaron de conferir aquella magistratura, violenta por sí misma, á un hombre de carácter conciliador, nombran-

do dictador á Manio Valerio, hijo de Voleso. Aunque el pueblo veía claramente que se creaba dictador contra él, como el hermano de Valerio había propuesto la ley de apelación, no temía de aquella familia ningún acto de cólera ó de orgullo. El edicto que en el acto publicó el dictador tranquilizó los ánimos; era casi igual al del cónsul Servilio; pero como se tenía más confianza en el hombre y en su autoridad, se inscribieron sin resistencia. Nunca había sido tan numeroso el ejército, pudiendo formarse diez legiones. Diéronse tres á cada cónsul, reservándose el dictador las cuatro restantes. La guerra no podía aplazarse por más tiempo. Los equos habían invadido el Lacio; legados enviados por los latinos pedían al Senado que les mandasen socorros ó que al menos les permitiesen tomar las armas para la defensa de sus fronteras: creyéndose más prudente defender á los latinos desarmados que ponerles las armas en la mano. La marcha del cónsul Vetusio puso fin á las depredaciones; los equos se retiraron de la llanura, y confiando mucho más en fuertes posiciones que en las armas, buscaron seguridad en la cumbre de las montañas. El otro cónsul, enviado contra los volscos, para no perder tiempo comenzó á talar el territorio enemigo, obligándoles en seguida á acercarse su campamento al suyo y á venir á batalla campal. Una llanura mediaba entre los dos ejércitos, y éstos se desplegaron ante sus respectivas tiendas. Los volscos eran algo superiores en número, y orgullosos con esta ventaja marcharon los primeros al combate, desordenados y como con desprecio. El cónsul romano no avanzó su ejército; prohibió á sus soldados gritar y les mandó permanecer firmes, la lanza en el suelo y no arrancar hasta que estuviesen cerca; pero en llegando el momento atacar con energía y terminar el combate con la espada. Fatigados los volscos de correr y de gritar lle-

garon delante de los romanos, cuya inmovilidad creyeron hija del asombro y el terror. Mas cuando les vieron ponerse en movimiento, cuando vieron brillar las espadas, turbáronse y huyeron cual si hubiesen caído en una emboscada, y como habían venido á la carrera, ni siquiera les quedaban bastantes fuerzas para huir. Por el contrario los romanos, habiendo permanecido tranquilos al principio del combate, descansadas sus fuerzas, fácilmente alcanzaron al fatigado enemigo, tomaron por asalto su campamento y le persiguieron hasta Velitras. Vencedores y vencidos entraron mezclados en la ciudad, y allí, en la matanza de todos los ciudadanos, se derramó más sangre que en el combate. Corto número de habitantes que se rindieron desarmados fueron los únicos que recibieron perdón.

Mientras esto ocurría con los volscos, el dictador combatió á los sabinos, donde estaba lo más recio de la guerra; los derrota, los pone en fuga y se apodera de su campamento. Por medio de un ataque de caballería, introdujo el desorden en el centro de su ejército, cuya resistencia había disminuído torpemente para dar más desarrollo á las alas. La infantería se precipitó sobre el enemigo en desorden, y con un solo esfuerzo tomaron el campamento y terminaron la guerra. Después de la batalla del lago Regilo, no hubo en aquel período combate más memorable. El dictador entró en Roma en triunfo, y además de los honores acostumbrados, le concedieron para él y sus hijos un puesto especial en el circo para asistir á los espectáculos, colocando allí una silla curul. Vencidos los volscos, perdieron el territorio de Velitras, que repoblaron enviando una colonia romana. Poco tiempo después lucharon con los equos: cierto es que fué contra el consejo del cónsul, que veía desfavorable la posición para atacar al enemigo; pero acusado por sus soldados de llevar las cosas

lentamente para que el dictador saliese del cargo antes de que regresaran á la ciudad, y por este medio hacer tan vanas sus promesas como lo habían sido las del cónsul, decidióse, tal vez con imprudencia, á subir la montaña que tenía delante. Aquella temeraria empresa tuvo feliz resultado, gracias á la cobardía del enemigo, que, sin esperar que estuviesen al alcance de las flechas, asustado por la audacia de los romanos, abandonó su campamento, fuerte por su ventajosa posición, y se precipitó en el valle opuesto. El botín fué considerable y la victoria no costó sangre. A pesar del triple éxito conseguido en la guerra, los patricios y el pueblo no habían cesado de pensar en el resultado de los asuntos interiores. Los acreedores habían desplegado toda su influencia y todo su ingenio para engañar, no solamente al pueblo, sino al mismo dictador. Después del regreso del cónsul Vetusio, quiso Valerio que se ocupase con preferencia el Senado de la suerte de aquel pueblo victorioso, manifestando lo que podría hacerse relativamente á los deudores insolventes. Viendo rechazada su proposición, «Os desagrado, dijo, porque aconsejo la concordia; muy pronto deseareís, y lo aseguro por el dios de la buena fe, que se me parezcan los patronos del pueblo. Por mi parte, no quiero engañar por más tiempo á mis conciudadanos y conservar una magistratura inútil. Las discordias civiles y las guerras extranjerías han obligado á la república á recurrir á la dictadura. La paz está asegurada en el exterior y encuentra obstáculos en el interior. Prefiero presenciar la sedición como ciudadano que como dictador.» Dicho esto, salió del Senado y abdicó la dictadura. La plebe vió en el disgusto que le inspiraba su suerte el motivo de la abdicación: así pues, habiéndole en cierto modo desligado de su palabra, puesto que no había estado en su poder cum-

plirla, acompañóle á su casa entre alabanzas y felicitaciones.

Temieron entonces los patricios que si se licenciaba el ejército se formarían de nuevo reuniones y conspiraciones. Así fué que á pesar de haber sido el dictador quien levantó las tropas, como éstas habían prestado juramento en manos de los cónsules (1), el Senado, persuadido de que los soldados estaban ligados por el juramento, supuso que los equos habían comenzado de nuevo la guerra, y con este pretexto mandó salir á las legiones de la ciudad, medida que apresuró la sedición. Dícese que primeramente se trató de matar á los cónsules para libertarse del juramento; pero como les hicieron comprender que el crimen no podía destruir un compromiso sagrado, los soldados, por consejo de un tal Sicinio, y sin orden de los cónsules, se retiraron al monte Sacro (2), al otro lado del río Anio, á tres millas de Roma. Esta tradición tiene más partidarios que la de Pisón, que pretende que la retirada se verificó al Aventino (3). Allí, sin jefe alguno permanecieron tranquilos durante algunos días en un campamento fortificado con un foso y una empalizada, no tomando más de lo necesario á la vida, no siendo atacados ni atacando. En la ciudad había llegado el terror al colmo, manteniéndolo todo en suspenso la mutua desconfianza. La parte del pueblo abandonada por la otra, temía la vio-

(1) Cuando quedaba terminado el levantamiento de las tropas, un tribuno militar pronunciaba la fórmula del juramento impuesto por el cónsul, y todo el ejército juraba en seguida. Al desfilar delante del general, decía cada uno: *idem in me.*

(2) Este nombre se le dió más adelante, bien porque el paraje á que se retiró el pueblo fuese consagrado después de su regreso á Roma, bien porque allí se dió la ley Sacra.

(3) Según Cicerón, los plebeyos se apoderaron primeramente del monte Sacro y después del Aventino. Salustio indica que ocuparon simultáneamente los dos montes.

lencia de los patricios; los patricios temían al pueblo que quedaba en la ciudad y no sabían si desear su permanencia ó su marcha. ¿Cuánto tiempo permanecería tranquila la multitud que se había retirado al monte Sacro? ¿Qué sucedería si estallaba entre tanto alguna guerra extranjera? Ya no había esperanza en la concordia de los ciudadanos, y era necesario conseguirla á cualquier precio. Decidieronse, pues, á enviar al pueblo á Menenio Agripa (1), varón elocuente y querido de la multitud, como descendiente de familia plebeya. Introducido en el campamento, dícese que Menenio no hizo otra cosa que narrar este apólogo, en el rudo lenguaje de la época: «En el tiempo en que la armonía no reinaba aún como hoy en el cuerpo humano, sino que cada miembro tenía su instinto y especial lenguaje, todas las partes del cuerpo se indignaron de que el estómago lo obtenía todo por sus cuidados, trabajos y ministerio, mientras que, tranquilo siempre, solamente cuidaba de gozar los placeres que le proporcionaban. Formaron entonces una conspiración: las manos se negaron á llevar los alimentos á la boca, la boca á recibirlos y las muelas á triturarlos. Mientras que en su resentimiento querían domar al cuerpo por el hambre, los miembros mismos y todo el cuerpo cayeron en extrema debilidad. Entonces vieron que el estómago no estaba ocioso, y que si le alimentan, él alimentaba á su vez, enviando á todas las partes del cuerpo esta sangre que forma nuestra vida y nuestra fuerza, y distribuyéndola por igual en todas las venas, después de elaborarla por la digestión de los alimentos.» La comparación de aquella su-

(1) Cicerón, que seguía en todo anales completamente diferentes á los de Tito Livio, habla de las negociaciones del dictador M. Valerio con los sublevados como de hecho indisputable, atribuyéndole la gloria de haber restablecido la paz, por cuya razón, y no por victorias, se le dió el nombre de Máximo.

blevación intestina del cuerpo con la cólera del pueblo contra el Senado, calmó, según dicen, los ánimos. Tratóse en seguida de los medios de concordia, decidiéndose que el pueblo tuviese sus magistrados propios; que estos magistrados serían inviolables; que la defenderían contra los cónsules y que ningún patricio podría obtener esta magistratura. Creáronse, pues, dos tribunos del pueblo (1), C. Licinio y L. Albino, nombrando éstos tres colegas, entre los que se encontraba Sicinio, el jefe de la sedición, no estando conformes los escritores en cuanto al nombre de los otros dos. Pretenden algunos que solamente se crearon dos tribunos en el monte Sacro y que allí también se dió la ley Sagrada (2). Durante la retirada del pueblo, los cónsules Sp. Cassio y Postumio Cominio, entraron en funciones. Bajo su consulado se ajustó un tratado con los pueblos latinos, y para concluirlo, uno de ellos permaneció en Roma; el otro, enviado contra los volscos, derrota y pone en fuga á los volscos ancianos; los estrecha, los persigue hasta en la ciudad de Longula y se apodera de sus murallas. Toma en seguida á Polusca, otra ciudad de los volscos, y en seguida ataca vigorosamente á los coriolos. Encontrábase entonces en el ejército un patricio joven, llamado C. Marcio, hombre de buen

(1) Creen los que siguen esta opinión que hasta el año 286, en virtud de la ley Publilia, no se añadieron otros tres tribunos á los dos primeros, autorizándose el aumento de otros cinco en el año 297; elevándose por consiguiente á diez el número de estos magistrados, dos por cada clase, no teniéndose para nada en cuenta á la sexta.

(2) Las leyes sagradas obligaban en virtud de juramento y contenían tremendas imprecaciones contra los transgresores. Había ejemplos de estas leyes en otros pueblos, como los equos y los volscos. Siendo la más célebre y más grata al pueblo la que decretaba la inviolabilidad de los tribunos, fué llamada la ley sagrada por excelencia.

consejo y de acción, á quien después se dió el nombre de Coriolano. Mientras el ejército romano sitiaba á Corioli y desplegaba toda su energía contra los habitantes encerrados en la ciudad, sin temer ningún ataque exterior, las legiones volscas, partiendo de Anzio, cayeron de pronto sobre él y al mismo tiempo los sitiados hicieron una salida, encontrándose casualmente Marcio de guardia. Este al frente de tropa escogida rechaza el ataque del enemigo que había salido de los muros, y por la puerta que había quedado abierta se lanza impetuosamente á la ciudad. Allí hizo espantosa matanza en el barrio inmediato á la puerta, y encontrando fuego á su alcance, incendia las casas que dominaban las murallas. Los gritos que el terror arranca en seguida á los sitiados, unidos á los lamentos de las mujeres y los niños, aumenta el atrevimiento de los romanos y perturban á los volscos, que ven en poder del enemigo la ciudad que venían á socorrer. De esta manera fueron derrotados los volscos ancianos y tomada la ciudad de Corioli. De tal manera eclipsó la gloria del cónsul la de Marcio, que si la columna de bronce en que está grabado el tratado concluído con los latinos no expresase que este tratado lo firmó solamente un cónsul, Sp. Cassio, en ausencia de su colega, se hubiese olvidado que Postumio Cominio hizo la guerra á los volscos. Aquel mismo año murió Menenio Agripa, hombre igualmente querido durante toda su vida por los patricios y por el pueblo, y más caro aún á los plebeyos después de su retirada al monte Sacro. El árbitro y pacificador de los ciudadanos, el legado del Senado cerca del pueblo, aquel, en fin, que llevó el pueblo a Roma, no dejó con qué pagar sus funerales: los plebeyos hicieron los gastos contribuyendo con un sextante por cabeza.

Siguieron á éstos en el consulado T. Geganio y P. Minucio. Estando en este año completamente tranquilos

en cuanto á la guerra exterior, y calmadas las discor-dias intestinas, cayó sobre Roma otra calamidad mucho más terrible: las tierras habían quedado incultas durante la retirada del pueblo al monte Sacro; encarecieron los granos y siguióse un hambre tan grande como la experimentan los sitiados. Los esclavos y el pueblo habrían perecido, si los cónsules, con prudente disposición, no hubiesen enviado á diferentes puntos á comprar trigos, por la derecha de Ostia, en las costas de la Etruria, y por la izquierda, á todo lo largo del mar, al través del territorio de los volscos, hasta Cumas, llegando hasta Sicilia, porque la animadversión de los pueblos cercanos obligaba á buscar recursos muy lejos. Ya estaba comprado el trigo en Cumas, cuando el tirano Aristodemo retuvo las naves, para indemnizarse de los bienes de los Tarquinos, cuyo heredero era. En el territorio de los volscos y en el Pontino ni siquiera pudieron comprar, y los comisarios estuvieron en peligro de muerte. El trigo de los toscanos llegó por el Tíber y sirvió para alimentar al pueblo. En esta terrible situación, la guerra estuvo á punto de poner colmo á los males; pero horrible peste atacó á los volscos cuando ya empuñaban las armas. Esta calamidad consternó los ánimos, y con objeto de poder contenerlos por otro medio cuando cesase la peste, los romanos reforzaron la colonia de Velitras (1), y establecieron otra nueva en las montañas de Norba, para dominar desde allí todo el Pontino. Al año siguiente, bajo el consulado de M. Minucio y A. Sempronio, llegó de Sicilia considerable cantidad de trigo y deliberó el Senado

(1) El relato de Tito Livio está evidentemente truncado en este punto; puesto que no dice que por consecuencia de las conmociones que estallaron con ocasión de estas medidas, conquistó el pueblo el derecho de los *plebiscitos*, como lo dice Dionisio de Halicarnaso.

acerca del precio á que se entregaría al pueblo. Opinaban muchos senadores que habia llegado la ocasión de deprimir al pueblo y recobrar los derechos que habia arrancado á los patricios por medio de su retirada y por violencia. A su frente se encontraba M. Coriolano, enemigo declarado del poder tribunicio. «Si quieren los granos en la forma antigua, dijo, que devuelvan al Senado sus antiguos derechos. ¿Por qué veo aquí magistrados plebeyos, un Sicinio omnipotente? ¿Me he visto obligado yo á rescatar mi vida á bandidos? ¿Y he de sufrir estas indignidades más tiempo del que la necesidad exija? No habiendo querido soportar á Tarquino por rey, ¿soportaré á un Sicinio? Máchese; llévase á la plebe; abierto le está el camino del monte Sacro y de las otras colinas; que vengan á arrebatarse el trigo de nuestros campos como hicieron hace tres años; que gocen de los recursos que deben á sus furores. Yo me atrevo á asegurar que dominados por el exceso del mal, irán por sí mismos á labrar nuestras tierras, lejos de interrumpir el cultivo (1) con sediciones armadas.» No puedo decir qué hubiese convenido hacer, pero creo que no habria sido difícil á los patricios, rebajando el precio del trigo, libertarse del poder de los tribunos, y de otras innovaciones que les habian impuesto.

Al Senado pareció demasiado violenta aquella opinión, y la ira estuvo á punto de hacer empuñar las armas á la plebe. Ahora se les atacaba por hambre, como á enemigos; arrebatábanles la subsistencia, los alimentos. El trigo extraño, único recurso que debían á inesperado favor de la fortuna, se lo quitaban de la boca si no consentían entregar atados sus tribunos á C. Marcio, si el pueblo romano no presentaba por sí mismo la espalda á las varas del lictor. Marcio era para

(1) La retirada del pueblo habia durado más de tres meses.

ellos un verdugo que no les dejaba otra elección que la muerte ó la esclavitud. Sobre él habrían caído á su salida del Senado, si los tribunos, con suma opor-tunidad, no le hubiesen citado para comparecer ante el pueblo. Esta medida calmó la agitación, porque de esta manera el pueblo iba á ser árbitro de la vida ó la muerte de su enemigo. Al principio escuchó Marcio con desprecio las amenazas de los tribunos: «Su autoridad, decía, se limitaba á proteger y no se extendía á castigar; eran tribunos del pueblo y no del Senado.» Pero sublevado el pueblo, mostraba disposiciones tan hostiles, que los patricios no pudieron libertarse del peligro más que sacrificando á un individuo de su orden. Lucharon, sin embargo, contra aquel desbordamiento de odios, y emplearon, según las circunstancias, su influencia personal y la de toda la clase. En primer lugar trataron, diseminando en todos sentidos sus clientelas, de impedir, cada uno en particular, conciliábulos y reuniones, disipando por este medio la tempestad; en seguida se presentaron en masa, como si hubiese tantos acusados como senadores, estrechando al pueblo con sus súplicas. «Solamente pedían la gracia de un solo ciudadano, de un senador: si no querían absolverse como inocente, que le perdonasen como culpable.» No habiendo comparecido Coriolano el día señalado, el pueblo fué inflexible. Condenado, retiróse como desterrado entre los volscos, amenazando á su patria y formando desde entonces contra ella proyectos de venganza. Los volscos le recibieron con benevolencia, creciendo ésta de día en día, á medida que estallaba con mayor violencia su odio contra los romanos, manifestándose unas veces con quejas y otras con amenazas. Gozaba de la hospitalidad de Atcio Tulo, varón muy importante de la confederación volsea y en todo tiempo enemigo implacable de los romanos. Impulsados, el



uno por su rencor antiguo y el otro por su reciente enojo, concertáronse acerca de los medios de promover una guerra con los romanos. No creían cosa fácil decidir á los volscos á empuñar de nuevo las armas, repetidas veces derrotadas: después de tantas pérdidas experimentadas en muchas guerras, y la reciente calamidad que había azotado á su juventud, su valor estaba muy decaído. Necesario era, pues, emplear la astucia y reanimar, por medio de cualquier nuevo motivo de resentimiento, un odio que el tiempo había extinguido.

Preparábase entonces en Roma nueva celebración de los grandes juegos (1), dando lugar á ellos el motivo siguiente. La mañana de los juegos un padre de familia, antes de comenzar el espectáculo, persiguió, azotando hasta en medio del circo, á un esclavo con la horqueta al cuello (2). Dióse en seguida principio á los juegos, como si esta circunstancia no debiese inspirar ningún escrúpulo religioso. Pocos días después,

(1) Si se toma en cuenta lo dicho por Cicerón, Tito Livio no está de acuerdo en este punto con Fabio, Gelio y Celio, según los cuales se celebraron de nuevo los juegos, porque los anteriores quedaron interrumpidos por la guerra contra los latinos. Estos mismos historiadores colocaban á consecuencia de esta segunda solemnidad el prodigio que, según el relato de Tito Livio, dió lugar á la nueva celebración de estos juegos. Por lo demás, está de acuerdo con ellos en todos los otros puntos. Fabio, á quien cita Dionisio en la descripción de los juegos, colocaba este acontecimiento después de las turbulencias que ocasionó Coriolano, con quien lo relacionaba, refiriéndolo lo mismo que Tito Livio. El único punto en que no están de acuerdo es el género de muerte del desterrado romano.

(2) Entre los romanos, el dueño tenía autoridad ilimitada sobre sus esclavos, pudiendo condenarles según su voluntad al azote ó á la muerte. Con tanta crueldad usaban de este derecho, especialmente en el tiempo de la corrupción de la república, que se dieron muchas leyes para restringirlo. El castigo más ordinario era el azote. Por ciertos crímenes, se marcaba al esclavo en la frente con un hierro candente, y por algunos se les

Tito Atinio (1), hombre plebeyo, tuvo un sueño, en el que se le apareció Júpiter diciéndole: «Que la danza con que comenzaron los juegos le había desagradado; que si no se celebraban otros con magnificencia la ciudad corría grandes peligros; que lo anunciase así á los senadores.» Aunque aquel hombre no estaba exento de sentimientos religiosos, pudo más en él su respeto á la dignidad de los magistrados y temió ser objeto de la pública burla. La vacilación le costó cara; á los pocos días perdió á su hijo, y para que no le quedase duda acerca de la causa de aquella repentina desgracia, el infeliz, agobiado de dolor, vió en sueños la misma figura que ya se le había presentado otra vez, preguntándole ahora «si había pagado bastante caro su desprecio á los mandatos de los dioses. Castigo mayor le esperaba si no iba en seguida á anunciarlo todo á los cónsules.» El peligro se hacía más apremiante, y como Atinio vacilaba aún y aplazaba de día en día el cumplimiento del mandato, vióse atacado de una enfermedad que paralizó todos sus miembros. Esta enfermedad fué para él advertencia de la cólera de los dioses. Agobiado por sus males pasados y por los que le amenazan,

obligaba á llevar al cuello un pedazo de madera, *furca*. El esclavo sometido á este castigo conservaba el nombre de *furcifer*, que los amos dirigían también á todos los esclavos que excitaban su ira. Aquí la palabra *furca* designa un género de suplicio peculiar á los esclavos y al que el Senado condenó á Nerón. Ataban las manos al criminal, sujetaban su cabeza en la horqueta, de manera que no pudiese moverse, y se le azotaba hasta que moría bajo los golpes. Otro suplicio existía además, designado con el nombre de *furca* y que parece haber sido diferente de la horca.

(1) Este hecho lo refiere Cicerón y se encuentra también en Dionisio de Halicarnaso, en Plutarco, en Valerio Máximo, en Macrobio y en Lactancio, variando solamente el nombre de la persona en cuestión. Lactancio le llama Ti. Atinio. La familia Atinia era plebeya y muy antigua.

reunió á sus parientes, les refirió cuanto había visto y oído, las frecuentes apariciones de Júpiter durante su sueño, y las amenazas y cóleras celestiales demostradas por sus desgracias. El parecer de todos fué unánime; leváronle en una litera al Foro, delante de los cónsules, y éstos mandaron trasladarle al Senado. A todos asombró el relato de sus visiones, pero se realizó otro prodigio, según la tradición: aquel hombre que llevaron al Senado baldado de todos sus miembros, en cuanto realizó su misión, pudo regresar por su pie á su casa.

El Senado decretó que se celebrasen juegos con esplendor nunca visto. Persuadidos por Atcio Tulo, acudió á Roma, con objeto de asistir á ellos, considerable número de volscos. Antes de dar comienzo al espectáculo, Tulo, siguiendo el plan concertado con Coriolano, acercóse á los cónsules y les dijo que quería darles parte de un secreto que interesaba á la república. «A pesar mío, vengo á hablar en contra de mis conciudadanos. No les acuso de ningún crimen, pero quiero impedir que lo cometan. El carácter de los míos es mucho más movable de lo que quisiera. Nuestras numerosas derrotas nos han convencido completamente de ello, y si vivimos aún, no lo debemos á nuestra conducta, sino á vuestra clemencia. En este momento encuéntrase en Roma muchos volscos, prepáranse juegos, y la ciudad entera no se ocupará más que del espectáculo. No olvido los excesos que aquí cometieron los jóvenes sabinos en circunstancias semejantes, y me estremezco al pensar que puede renovarse aquella imprudente y temeraria empresa. Por vuestro interés, ¡oh cónsules! y por el nuestro, heme decidido á comunicaros mis temores. Por mi parte, decidido estoy á regresar en el acto á mis hogares, porque no quiero que mi presencia me haga sospechoso de complicidad en actos ó palabras crimina-

les.» Dicho esto, se retiró. Los cónsules dieron cuenta al Senado de aquel peligro, que no les pareció cierto, á pesar de que la denuncia era clara y terminante; y siguiendo la costumbre, la autoridad del denunciador, mucho más que la importancia del asunto, hizo á los senadores adoptar disposiciones hasta superfluas. Un senatus-consulto mandó salir de Roma á todos los volscos, mandándose pregoneros para que les publicasen la orden de marchar antes de obscurecer. Aterrados en el primer momento, corrieron de un lado á otro para recoger sus equipajes en casa de sus huéspedes; pero en cuanto se pusieron en camino, la indignación reemplazó al temor. «¡Verse, como delincuentes manchados de crímenes, arrojados de los juegos en día de fiesta y rechazados de la sociedad de los hombres y de los dioses!»

Como en su marcha formaban una fila casi continua, Tulo, que les había precedido, cerca de la fuente Terentina, se dirige, á medida que iban llegando, á los más importantes de ellos, se asocia á sus quejas y á su indignación, y viendo que escuchan con gusto sus palabras, en consonancia con la cólera que les dominaba, les lleva y con ellos á toda la muchedumbre á un campo por debajo del camino, donde les habló como arrojándoles: «Las antiguas injurias del pueblo romano, las derrotas de la nación de los volscos y tantas otras ofensas podréis olvidarlas; pero ¿habréis de olvidar la afrenta de hoy? Con nuestra deshonra han comenzado los juegos. ¿No habéis comprendido que este día han triunfado verdaderamente de vosotros; que al retiraros, habéis servido de espectáculo á todos, ciudadanos, extranjeros y tantos pueblos vecinos; que vuestras esposas y vuestros hijos han desfilado vergonzosamente ante sus ojos? ¿Y los que han oído la voz del pregonero? ¿Y los que os han visto marchar? ¿Y los que han encon-